tanto a la realidad nacional como continental. He ahí en lo que debe estribar el mejor homenaje oficial con que cada Gobierno de las Repúblicas de América pueda celebrar el cincuentenario de la muerte del civilizador reformista Sarmiento.

Las Universidades, las instituciones de cultura libre y los núcleos pensantes es necesario que se pongan en función histórica de homenaje. La inteligencia del Nuevo Mundo es la llamada a celebrar y a hacer que se celebren los cincuentenarios y centenarios de sus penates, y, hallándose *ad-portas* el cincuentenario de Sarmiento, nada más lógico, cultural e históricamente, que llevar a la realidad creadora una conquista continental. En este caso sería organizar el funcionamiento de la UNIVERSIDAD DE LA CULTURA AMERICANA, de conformidad a lo acordado en la Segunda Convención Internacional de Maestros realizada en Montevideo. La resolución dice: "La Segunda Convención Internacional de Maestros resuelve: Con el propósito de hacer surgir del conocimiento y de la labor mutua de los trabajadores intelectuales de América un tipo de cultura propia que armonice sustancialmente los distintos aspectos de la vida espiritual americana; preparar, sin exclusivismos raciales, mediante esta obra en el Nuevo Continente, la unidad del espíritu humano que ha de conducir a la organización del mundo para la paz; lograr la comprensión y el aquilatamiento recíproco de los valores nacionales y su fácil intercambio; favorecer la solución de problemas comunes que afecten a la vida económica, social y política de esta familia de

pueblos; con estos fines de elevada política fraternizadora al margen de toda bandería sectaria, créase la Universidad de la Cultura Americana (U. C. A.) de acuerdo con estas bases". (28).

Hay que poner en marcha el cincuentenario del gran americano. Los Gobiernos y los grupos de cultura de América, se hallan ante esta obligatoriedad continental y ante la exigencia de salir de lo diplomático, de lo retórico, de lo ficticio. Nos hallamos en el tiempo de la preluación del mensaje de nuestra América. Por tanto, hay que dar paso a una acción continental para organizar el pensamiento contemporáneo y hacer que estructuralmente pueda producirse la Cultura de esta América. Los llamados para que todo esto no se quede en conato ni en acuerdos pacatos; a que se haga orgánico este movimiento espiritual, son los escritores, los literatos, las instituciones de cultura, las revistas, los periódicos, las editoriales de toda América. Es el camino inminente a seguir. No seguirlo, para capturar la realidad creadora, es detener la preluación del mensaje continental, que esperará de América, Europa y Asia. No seguir dicho camino es involucionar; es no querer salvar la DEMOCRACIA ni la *intelligentia*, en América, de la barbarie que renace con renovados ímpetus. Hay que lapidar la rebarbarización del Nuevo Mundo. Es el anhelo fervoroso de quien lanza esta clarinada oportuna.

Jauja, Perú, Julio de 1937.

(28). Ver las bases en el libro de Julio R. Barcos "Política para Intelectuales", Editorial "Claridad".

LA IDEA REVOLUCIONARIA

P o r e l L i c. L U I S G A R R I D O

"La ideología de la Revolución debe referirse, en primer lugar, al método, y luego a la ciencia, la filosofía, y la explicación general. Después debe venir la técnica de la Revolución, es decir, la política, que incluye estrategia, táctica, práctica, realización y acción".

Alfonso Teja Zabre.

PARA los observadores superficiales, la Revolución mexicana se inicia con el movimiento maderista de 1910, sin considerar que los otros problemas sociales que determinaron dicha Revolución, los fundamentales, están planteados desde la época de la conquista.

En efecto, la mala distribución de la propiedad rural, la diversificación de las clases sociales y, en general, los privilegios económicos existen desde la época precortesiana, aunque algunas veces sus fuerzas directrices han determinado los fenómenos históricos de nuestra nacionalidad, tales como la Independencia, la Reforma y otros.

La aspiración democrática del maderismo disfracaba en el fondo la solución de nuestros problemas sociales, planteados por los intelectuales de la época porfiriana, pues no es exacto que la Revolución descubriera y tratara de resolver dichos problemas, ya que en obras como "México

y su Evolución Social" y "Los Grandes Problemas Nacionales", se hablaba con bastante claridad de las cuestiones esenciales de nuestro país.

La Revolución iniciada por Madero y continuada por el derrocamiento de Victoriano Huerta, se enmascaró en una serie de disquisiciones constitucionales y de personas—como frecuentemente ha pasado en nuestra historia—, hasta que en Veracruz don Venustiano Carranza, como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, a virtud de circunstancias políticas y de los consejos de varios abogados de espíritu democrático y revolucionario, se resolvió plantear la cuestión social, principalmente la restitución o dotación de la tierra para los campesinos que habían estado privados de ella; el fraccionamiento de los latifundios; la constitución de la pequeña propiedad privada y la nacionalización del subsuelo; así como el señalamiento de bases constitucionales para las futuras leyes del trabajo. Estos sentimientos de reforma social coinciden con el despertar de México para analizar sus propias ideas, sus sentimientos comunes, sus creaciones artísticas y su modo de ser en general. El año de 1915 (1), se considera como el principio de una época de nacionalismo, en que comenzamos a descubrir nuestros valores, a pensar en nosotros mismos y alejarnos de influencias y culturas que consideramos extrañas a nuestro medio. Pero la interpretación o el conocimiento de las cuestiones fundamentales de México, se hizo por los intelectuales o pseudo revolucionarios, de la más distinta procedencia ideológica, pues al lado de los licenciados que todavía creían en la escuela liberal, encontramos una falange de jóvenes juristas que consideraban a Duguit y a su pragmatismo jurídico, como la novedad más radical del momento, y junto con ellos a los generales vencedores con ideas sencillas y patriarcales para devolver a los pueblos sus tierras; y por último, los estadistas improvisados que buscaban el apoyo de la clase obrera mediante promesas vagas de mejoramiento.

En consecuencia, faltó en ese momento el hombre que, con mirada clarividente, captara los problemas nacionales, planteándolos con toda precisión, y resolviéndolos con verdaderas ideas de avance social.

En 1917 el país estrena una nueva Constitución política, que se juzga por los voceros oficiales como la consagración de los principios revolucionarios. Dicha obra legislativa conserva el esqueleto de la Constitución liberal de 57, con su cortejo de garantías individuales, de división de

poderes, y de gobierno representativo, republicano y federal; y a la que se incrustaron los artículos que se juzgan esenciales: el artículo 27 que empieza por reconocer la propiedad privada, después trata de sistematizar este derecho en su aspecto público con bases medievales de dominio eminente y con soluciones coloniales de reparto de ejidos; y el artículo 123 que fija los principios de nuestra legislación del trabajo, muchos de cuyos puntos había reconocido, anteriormente, la Encíclica "Rerum Novarum" del Pontífice León XIII. Por lo mismo, el concepto de Revolución queda circunscrito a dos artículos Constitucionales, que no significaban ninguna novedad extraordinaria y cuya interpretación ha cambiado y se ha transformado, a virtud de las circunstancias y de los hombres que han estado al frente del Poder Ejecutivo.

Recientemente se quiso dar un paso más por los revolucionarios de filiación proletaria, pugnando por transformar la estructura económica de México, mediante la aceptación de un sistema colectivista de producción, y al efecto, trataron de obtener una declaración constitucional al respecto. Pero los revolucionarios que al contacto de la riqueza y del poder se han aburguesado, presentaron un frente contrario a esta idea, y la situación se liquidó reformando el artículo 3º de la Constitución para la enseñanza socialista, a fin de preparar una nueva generación con ideas propicias para el nuevo orden de cosas que se proyectaba, pero sin que hasta la fecha se hayan obtenido buenos éxitos sobre el particular.

Por último, la campaña presidencial que llevó al poder al general Lázaro Cárdenas, exhibió como plataforma electoral el Plan Sexenal, como suma y compendio de la ideología revolucionaria. En consecuencia, nosotros examinaremos preferentemente este documento, para determinar las ideas directrices de nuestra evolución social actual, que mucho difiere de lo que pensaban los revolucionarios de 1910, (2) y es que hay que entender por Revolución un movimiento que en cada momento crea su doctrina, para el cual los hechos cotidianos determinan la regla jurídica y su interpretación. Sin embargo, muchas veces la evolución es un ciclo, pues cuando creemos llegar a una meta distante de nuestro punto de partida, lo único que hemos hecho es volver al lugar primitivo. Por eso es tan importante que todo cambio de régimen político, económico y social, ya se realice en forma violenta o por otros medios, no pierda la visión teleológica, para que la Revolución

(1) Manuel Gómez Morán. "1915".

(2) "20 años después", por Luis Cabrera.

constituya así un verdadero progreso, pues de otra suerte se corre el peligro de reproducir el mismo vicio o sistema que se quería extirpar, aunque rescite con las modalidades propias de la época. Así, por ejemplo, las dictaduras actuales, no se refugian en el "Estado Policía" para luchar contra las libertades individuales consagradas por el régimen liberal, sino en el concepto socialista del "Estado Providencia" para aprovecharse de las falanges proletarias de las fábricas y de los cam-

pos, e incorporarlas en el desenvolvimiento económico que el Estado abandera, cuidando de no permitir más focos revolucionarios que los que robustecen su poder. En suma, la ideología de la Revolución si no se quiere un fracaso, debe definirse concretamente en cuanto a fines y en cuanto a método, cuidando de que la ciencia le sirva de brújula en el derrotero que tiene que seguir, para significarse como un verdadero servicio a la vida social.

LA FILOSOFIA BIOLOGICA DE ARISTOTELES

(Concluye)

ARISTOTELES Y LA BIOLOGIA

La ciencia pre-aristotélica era apenas un embrión. El filósofo bien puede ser el partero que trajo al mundo un nuevo ser sistematizado y hábilmente contexturado. En los primeros tiempos en Grecia, como en todos los pueblos, Ciencia y Religión fueron disciplinas confundibles. El rito religioso se identificaba con la práctica del curandero. Todo era uno. Las causas eran las mismas. Parece que la Escuela Filosófica de la Jonia, sintetizadora de las verdades científicas logradas por los asiáticos, fue la primera en intentar separar la especulación científica de la teológica, comenzando por una racionalización del mito griego. Su filosofía sustancialista, hилозоїста, fue infatigable buscadora del "arche" o principio que fuera la etiología de todas las cosas. Desde entonces, puede decirse que la Ciencia se hubo engendrado. A través de Alcmeón, Demócrito, Empédocles, los pitagóricos, etc., hasta Aristóteles siguió su proceso gestativo. Con él, nació; y el mundo, desde ese instante, tuvo una realidad concreta a la cual dedicar sus energías. Se dice que Alejandro ayudó con ochocientos talentos a Aristóteles, dinero que utilizó en traer los más extraños animales del Asia y Africa. Afirmase que los cuidaba en su Liceo, poseyendo, en consecuencia, un pequeño Parque Zoológico en el que realizó sus experiencias y observaciones. De tanto estudiar Aristóteles llegó a la conclusión de que entre los animales podían establecerse escalas de progreso, diciendo que "en todos los aspectos ya sea estructural o referente a los modos de

Por

JOSE A. ENCINAS P.

vida, o reproducción o sensación, hay graduaciones de los más bajos a los más altos organismos". (5)

Creía Aristóteles que la vida había venido de los vegetales a los animales y de éstos al hombre, lo que haciale concebir un principio de simplicidad y complejidad vitales. Suponía, además, que de los tres grados: planta, animal y hombre, todo grado más alto poseían en común con los inferiores precedentes ciertas funciones vitales añadiendo otras. De esta suerte convenía en que las funciones de las plantas eran: nutrición, crecimiento y reproducción. De los animales: las mismas que las adjudicadas a las plantas agregadas a las manifestaciones sensitivas, fantasía, memoria, locomotricidad y apetito. Del hombre: todas las anteriormente señaladas más el entendimiento, juicio y razón.

Sólo hace pocas decenas de años ha podido hacerse luz sobre las diferencias existentes entre los seres animados e inanimados. Hasta mediados del siglo pasado esta diferencia era grosera y notabilísima —y por tanto equivocada— para los hombres de ciencia. La ignorancia química favorecía esta concepción. Hoy que esta disciplina ha progresado sorprendentemente resulta difícil, mas no imposible, establecer de un modo claro una línea divisoria entre la materia viva e inerte. Aristóteles hace dos mil años había ya pre-